



ARTES, LETRAS, CIENCIAS.

DIRECTORA-PROPIETARIA: PATROCINIO DE BIEDMA.

PUNTOS DE SUSCRICION.		PRECIOS DE SUSCRICION.	
AÑO II.	Sr. Administrador del Cádiz, Tipografía LA MERCANTIL, calle del Sacramento, núm. 39.	En Cádiz, un mes, adelantado	2 pías.
	Madrid, en las principales librerías.	En toda España y Portugal, trimestre, 7 pesetas; seis meses, 13 id., un año, id.	25 »
	Correspondencia literaria: Patrocinio de Biedma Herrador, S.	En Cuba, Pto. Rico, extranjero y repúblicas americanas, semestre anticipado, en oro.	20 »
No se devuelven los originales que no se utilicen.		Núms. sueltos 4 rs.—Se publica los días 10, 20 y 30.	

10 de Diciembre 1878.

NÚM. 22

SUMARIO.

TEXTO: Errores de educacion, por ROMUALDO ALVAREZ ESPINO.—El nudo gordiano, por PATROCINIO DE BIEDMA.—Una ojeada por el mundo antiguo, por EDMUNDO MAC-COSTELLO.—La sombra de César, tragedia, por VÍCTOR BALAGUER.—Las visitas de boda, traduccion, por AURELIA CASILLLO DE GONZALEZ.—Desde Cádiz á la Habana, por PATROCINIO DE BIEDMA.—Noticias.—Anuncios.

ERRORES DE EDUCACION.

XIII.

LA GLOTONERÍA.

FIGURAOS al ángel poético del hogar, al ser celestial de nuestros ensueños juveniles, apoyado de codos sobre una mesa en que aparecen algunos nauseabundos restos de manjares ya devorados, con un plato ante sí colmado de una vianda cualquiera y mascando con ambas mandíbulas.

Alzad los ojos del cubierto, en que delicada y prudentemente habeis depositado la cantidad de alimento que basta para vuestra subsistencia, y fijadlos en aquella mujer destinada á realizar á vuestro lado el ideal de vuestros ensueños de amor, recordando que cuando le dibujábais vuestras más dulces esperanzas, encontrábais siempre desocupada su boca y expedita su lengua para contestaros con una seductora promesa, porque su alimentacion era entónces en cantidad como la del ave de los bosques y teniais que instarle á que se sustentara con algo más que con el fuego de la pasion y con el aliento de vuestros suspiros.

Ved en qué lamentable prosa ha venido á trocarse la poesía de vuestra juventud; ved, cómo evaporada la espiritualidad del amor juvenil, ha dejado en el sitio de vuestro comedor la animalidad de un realismo grosero y cruel.

No seamos egoístas: supongamos tambien que frente de esta mujer voluminosa, colorada y prosáica, tiene asiento un marido pálido

y verdoso, demacrado como todo gastrónomo, inyectados los ojos por los excesos del vino, inflado el estómago por la enorme cantidad de sustancias deglutidas, pesada la cabeza con los densos vapores de una digestion difícil y peligrosa, la ancha copa á medio vaciar, la enorme taza de humeante moka rebosando y un enorme habano temblándole entre los sucios labios, como si se estremeciera con la mordedura en que le retienen los afilados dientes.

Sea ahora la esposa la que levanta la vista y la que evoca, si no se lo impide la propia conciencia, el bello fantasma de aquel joven esbelto, elegante y gentil que paseaba gallardamente su calle ataviado segun el último figurin, ó que murmuraba á sus oidos románticas frases de un erotismo sublime, en tanto que adormecía los sentidos de su amada con la frescura de su cutis, el brillo de sus ojos, el perfume de sus cabellos y la dulzura y distincion de sus maneras.

¡Oh, cuánta distancia de una á otra figura! ¡Qué horrenda transformacion! ¡Qué retroceso tan grande para la estética del alma y para la ventura de la vida! No ya el amor se desvaneció, ni huyó evaporada la poesía: la racionalidad, la dignidad humana tambien han huido, dejando en su lugar al bruto antropomorfo; la bestialidad personificada: ménos que eso; porque por bajo del hombre animal, aún se halla el hombre tronco.

La gula, y su compañera la ebriosidad, pueden hacer del ser humano, la fiera ó el leño, la monstruosidad ó la inercia, el crimen ó la degradacion: siempre el esclavo, el instrumento, la cosa; nunca el libre albedrío, la persona ni el hombre.

Completemos el cuadro: pongamos un par de hijos formando cruz en esta mesa; demos á cada una de estas figuras, que bien lo merecen para su castigo, un solo espectador: una niña que clava la mirada en su madre buscando en ella un sagrado y elocuente modelo, y un niño que mira espantado á su padre y que acaba por sonreír maliciosamente, por llenarse el plato hasta competir con el de su

progenitor, ó por aprovechar el menor descuido para aplicar á sus picarescos labios la botella y concurrir con su modelo al temerario fin de vaciarla á tragos.

¿Tal cuadro corresponde á un hogar, no ya cristiano, sino decente? ¿Es esta la idea de la familia civilizada? ¿Están aqui atendidos, no diremos los fines morales, sino los animales de la vida? La animalidad no puede decirse que impera donde, ni los instintos funcionan en su esfera propia, ni los apetitos se encuentran encauzados, ni los actos se miden por las necesidades, ni la satisfaccion se detiene ante los horizontes del interés material. El nivel ha descendido: el vicio ha colocado por bajo del cero animal, á los individuos que forman ese grupo repugnante y odioso: porque la gula no es torpeza en que hayan dado nunca los animales; y porque para renunciar á la razon y desprenderse del último rasgo de humanidad, es preciso haber sido ántes por un momento racionales y humanos.

No vivir para comer, sino comer para vivir, es máxima de moral doméstica y precepto saludable de la higiene: ésta castiga con dolencias que empiezan por el dolor cólico y acaban con la muerte, el desprecio de sus consejos; entre uno y otro extremo de la escala morbosa, colócanse padecimientos que reducen á la impotencia á los progenitores, los comprometen en gastos enormes conque consumen tristemente un patrimonio que parecia consagrado á dar vida y educacion á los hijos, condenan á éstos al espectáculo temprano y penoso de largas é incurables enfermedades y tal vez á una orfandad prematura y desastrosa, y les privan de una direccion, una cultura, un protectorado y unos beneficios que son á un tiempo deber y delicia de la paternidad racional y sensata.

La moral por su parte condena á los glotones al vicio de estupidez, en que dan al fin el organismo cargado, el cerebro acometido por los vapores del vino, el estómago molesto con unas quimificaciones gigantescas, y la nerviosidad general turbada por los vapores que exhala esa exuberante química de una

digestion enorme, y por el desequilibrio y desigualdad de una circulacion torrencial y superabundante.

La estupidez que se inicia por el yerro, puede subir los terribles grados de la demencia ó el idiotismo, ó los espantosos del vicio y la criminalidad; que siempre fué la mesa referitorio del delito ó pesebre de la liviandad bestial. Como pasto dado á la materia y ofensa inferida á la personalidad, parece que el alma huye ruborosa arrastrando consigo á la razon lúcida y á la dignidad susceptible, dejando al ser, abandonado á su propia brutalidad, en vías de la degradacion y presa del espíritu del pecado. Si al lado del gloton se sienta la mujer libidinosa ó el amigo impúdico, el banquete acaba en la asquerosidad del vicio, sacrilegio para la santidad de los afectos, relajacion de los deleites mismos, oposicion á los mismos fines orgánicos, una felicidad para el ébrio, que ébrio es preciso estar para cifrar la ventura por un momento en donde faltan sueños de la fantasía y latidos del amor, y una hediondez para el espectador sereno, que entiende que los actos de la materia reclaman, por su misma grosería, un ideal que los dignifique y un sentimiento que los embellezca.

Si frente al comilon se sienta á la mesa el seductor satánico ó el astuto enemigo, el banquete se transforma en pacto con el diablo, en que se vende el alma por el mismo precio que Esaú vendió la primogenitura á su hermano: nuevo remedo de la escena paradisiaca entre Cain y Abel, el tentador grosero mata la razon ahogándola en vino, envenena la conciencia con el propósito de un crimen y asesina alevosamente la personalidad de su hermano, reduciendo al infeliz gastrónomo á inconsciente instrumento para el delito.

Dejarse la libertad en el fondo de una copa de vino y apurar con el néctar la ponzoña roedora de un remordimiento, ó alentar con la locura del vino el corazon cobarde hácia la comision de un delito, empresa es diabólica que hace de la mesa, altar de la amistad y fuente de la vida, lecho de Procusto y roca de Prometeo.

¿Qué entiende de moralidad quien de tal modo vive esclavo del más ruin de los apetitos? ¿Cómo exigirle paternidad para sus hijos, conyugalidad para su esposa, señorío para sus criados, nobleza para con sus convecinos, sacrificios para la patria, actividad para el bien, aptitud para el trato social, disposicion para el destino humano?

Ser perdido para la existencia moral, bien hace la misma naturaleza indignada con barrerle al fondo del hospital primero, y lanzarle luégo al fondo de la sepultura.

La sociedad hace de la mesa una de las formas del lujo: el mundo celebra todas sus dichas comiendo; el alto tono en particular se empeña en traducir constantemente su contento devorando manjares y apurando botellas; ó es que quiere hacer al cuerpo participe de los goces del espíritu y no vacila en rebajarlos hasta él, ó es que entiende que no hay delicia completa como no venga á extinguirla con sus delirios la embriaguez. Y las damas se descubren el seno para sentarse en la mesa, y los hombres se ponen el fraque para imprimir un cierto sello aristocrático á su borrachera.

Pues bien, la sociedad se equivoca: la elegancia no enaltece lo grosero ni santifica lo sensual: ántes bien la materialidad mancha el traje y la persona, sin que sirvan las bellas formas sino para que se destaque más la fealdad del yerro.

Un pobre borracho, da risa ó compasion; un señorito privado de sentido y de vergüenza, da asco ó ira: una mujer ébria, causa repugnancia y desprecio; una *dama bacante* indignacion y coraje.

La sociedad glotona es insoportable para

el ente racional; el hogar convertido en taberna, es templo profanado para el más tolerante.

Nada más desolador que ir á buscar sentimientos, y hallarse con apetitos: nada más triste que procurar el comercio racional, y encontrarse entre gastrónomos sensuales; nada más extraño que solicitar ilustracion, sensatez, decoro y honra, y hallarse entre idiotas, vociferadores, licenciosos y corrompidos.

Ya que el alma tiene que vivir presa en la carne, enaltezcamos el cuerpo con las excelencias del espíritu, no asfixiemos el espíritu con la pesadumbre de una materialidad torpe y humillante.

ROMUALDO A. ESPINO.

EL NUDO GORDIANO.

El teatro español está de enhorabuena.

Pasó aquel triste período en que el arte alentaba apenas en débiles engendros, humildes imitaciones y traducciones descoloridas.

Ya no se admiten y se mencionan obras que hubieran dormido el sueño de la muerte á no ser porque el temor de tener que declarar desierta nuestra escena nos obligaba á prestarles atencion.

Comenzó Echegaray á reanimar nuestro proscenio con esa ardiente oleada de vida, desordenada, pero grande, que palpita en sus obras, y dado el impulso no se hizo esperar el movimiento que revela el renacimiento del arte, gallardamente marcado hoy con las últimas notables producciones, cuyos estrenos han tenido lugar en Madrid. *La opinion pública*, de Cano; *Theudis*, de Sanchez de Castro; *El anillo de hierro*, de Zapata y Marqués, y por último *El nudo gordiano*, de Sellés, han sido los grandes éxitos de la temporada, y el último, á juzgar por la opinion unánime de la prensa, *el más grande y el más justo que hace años se presenciaba*.

No conocemos á Eugenio Sellés más que por su talento, y nuestra felicitacion por su triunfo es hija de la admiracion y no de la amistad.

Por España nos enorgullecemos de que un nuevo nombre venga á unirse á esa brillante serie que un tiempo fué admiracion del mundo, especie de cadena á la cual cada siglo añade algunos eslabones de oro para enriquecerla más y más.

Y ahora que hemos hecho constar nuestra alegría ante ese gran suceso que determina una gran victoria, séanos permitido exponer lealmente lo que pensamos de la tendencia que, según los juicios que de la obra hemos leído, se desprende de ella.

El nudo gordiano es ni más ni menos que el nudo del matrimonio indisoluble.

Se presenta el caso, por desgracia nada extraño en nuestra sociedad, del adulterio de la mujer, y el marido corta el nudo, que las leyes no desatan, matando á la esposa culpable.

No conociendo, como no conocemos el drama, y admitiendo como admitimos, sin ningun género de reserva, que sea como tal una magnífica joya del talento, hemos de lamentar, sin embargo, que en él se justifique el homicidio, por no decir el asesinato; y que se presente á la sociedad, como solucion natural y moral de un conflicto intimo, esa venganza ruidosa, sentencia extraña que cumple el mismo que la dicta.

Muy sagrado, muy justo es el derecho del hombre á pedir el amparo de la ley para la seguridad de su honor, pero no hay derecho, por grande que sea, que alcance á la vida aiena, mientras se viva en el seno de una sociedad que tiene como ley moral el evangelio católico.

Hay en el mundo grandes faltas, tan grandes como la del adulterio, y á nadie le ha ocurrido pensar que la victima de ellas tiene el derecho de vengarlas con la muerte.

El padre que vé á su hija deshonrada por un seductor infame; la mujer que se vé abandonada por su marido; el hombre á quien roban su porvenir y la vida de sus hijos, podian alegar la misma justa razon para

matar al que les heria tan cruelmente, y entónces el asesinato llegaria á ser la razon suprema de las sociedades.

Pero en el caso concreto á que nos referimos, en el hecho del adulterio, jamás admitiremos que la muerte de la adúltera devuelva la honra al marido que la mata.

Acaso la tendencia del drama no sea esta justificacion impia, sino hacer palpable la necesidad de establecer el divorcio legal, para evitar males como el que fatalmente nos presenta: si es así varia en gran manera el error que lamentamos.

Piensen en buen hora los hombres de talento y de corazon en la manera de modificar los grandes errores sociales, y hagan comprender al mundo que es injusto, que es necio, culpar por la falta de la mujer al marido honrado y digno; al comprenderlo, al arrojar todo el peso del ridículo, de la indignacion y del desprecio sobre la única culpable, el castigo llega por sí mismo, y sin necesidad de catástrofes lamentables.

No es enseñando que puede y debe matarse á la mujer adúltera como la sociedad se regenera y purifica; esto será entronizar un crimen más donde se toleran tantos.

Haga la sociedad recaer el peso de la culpa sobre el culpable; aleje del domicilio que mancha con sus vicios á la mujer que no sepa respetar sus deberes, no para que asista á fiestas mundanas en compañía de su amante, sino donde comprenda la gravedad de su falta, y prepare, ó su redencion por el arrepentimiento, ó su castigo por el desprecio del mundo, que lenta y friamente sentirá caer sobre su cabeza.

El marido sólo en su hogar, y educado en el bien á sus inocentes hijos, aparecerá mucho más grande, mucho más honrado, que encerrado en una cárcel, por ese lavado de honra con sangre aiena, que podrá ser de efecto grandioso en un drama, pero que en la vida real, ni ante la religion, ni ante la ley, ni ante la moral, ni ante la justicia puede admitirse.

Nada de contemplaciones, nada de disculpas, nada de sofismas ante la falta: si existe, pídase y obténgase el castigo público, legal, terrible, pero castigo, y no venganza, razon y no pasion, justicia y no asesinato.

Si el contrato conyugal se falsea desde el momento en que uno de los dos conyuges falta á la fé prometida, ¿por qué la sociedad no intenta deshacer esa ilegal tolerancia para las faltas del hombre, de que apenas se ocupa?

¿De dónde obtiene el derecho de disculparle de sus actos, cuando tan severamente juzga los de la mujer?

¿Y no cree que ésta pueda admitir como una consecuencia natural y lógica que la indiferencia que no se oculta para los extravíos del sexo fuerte ha de ser la justificacion intima de los suyos?

Si el adulterio existe como un crimen social, éste no ha de evitarse por la amenaza de muerte, ni en último resultado la muerte de una adúltera llevaria el arrepentimiento á otra, sino acaso, familiarizándola con esa idea de romper lazos á lo Alejandro, la inspiraria la horrible tentacion de romperlos por su mano.

El crimen es siempre crimen, y ni las más grandes bellezas, ni las más puras intenciones pueden justificarlo.

Matar á una mujer, culpable ó no, sentenciándola y cumpliendo la sentencia sin más juicio que el de la ofensa que ciega, ni más tribunal que una voluntad que puede equivocarse, será siempre un crimen que sabiamente castigarán las leyes; dejarla en libertad para sus vicios, es igualmente una culpa, un abandono, que el esposo ultrajado tiene derecho á impedir.

Hé aquí lo único que á la sociedad puede exigirse; que ofreciendo con justicia su respeto y su apoyo al inocente castigue al culpable, con igual pena, sea cualquiera su sexo, y guarde el ridículo para el que ofrece el repugnante espectáculo del envilecimiento del alma.

Deseamos conocer el drama de Eugenio Sellés para admirar esa hermosa obra del talento, pero ántes de conocerla, ántes de que nos deslumbre con las galas del genio, hemos querido protestar contra lo que en su pensamiento hallamos de peligroso.

Al leer con entusiasmo los elogios de ese drama, hemos pensado con tristeza que no pudiendo existir la perfeccion en lo humano, el ingenio de un gran poeta ha envuelto en el ropaje brillante de su fantasía el ab-

surdo.... Dios quiera que la sociedad lo reconozca á través de su atavío!...

PATROCINIO DE BIEDMA.

UNA OJEADA POR EL MUNDO ANTIGUO.

I.

Por los años 400 ántes de nuestra Era, vivía en Atenas, la ciudad de las ciencias y las artes, un ilustre filósofo que, después de haber immortalizado las «Gracias» con su delicado cincel, enriqueció su entendimiento con las lecciones de Anaxágoras y Arquélao, llegando á adquirir en breve tiempo esa reputación que, á través de los siglos, coloca el nombre de Sócrates entre los primeros bienhechores de la humanidad y pensadores del universo.

El hijo del modesto Sofronisco, si brilló en Delio como esforzado defensor de las libertades patrias, vuelto al seno del hogar consiguió, por medio de su poderosa inteligencia arrancar al mundo de las ideas, nuevos laureles que ceñir á su frente victoriosa.

La filosofía griega, arrastrada por la impetuosa corriente de una teogonía mitológica llena de fantásticas creaciones, sintió la transfusión de la nueva savia que le comunicara el pensador profundo, y la ciudad de Temistocles, centro de su acción y palenque de sus luchas, vió con sorpresa, admiración y sobresalto, que los objetos de su veneración y respeto, caían pulverizados por el formidable ariete de la razón despreocupada.

La vida del alma en el seno de un Dios, Creador y Ordenador de todas las cosas, anunciada por el profundo filósofo, abrió al mundo moral—hasta entonces encerrado en el estrecho recinto del templo de Júpiter Olímpico—nuevos espacios donde extender su influencia poderosa, y el sabio y el ignorante de buena fé, deslumbrados por el «más allá» que á pesar de las tinieblas de su época, el gran Sócrates les mostrara, corrían presurosos para recoger de sus labios el bálsamo bienhechor de su doctrina consoladora.

Era un rayo de luz, lanzado por Dios en el oscuro deseo de todo género de supersticiones, para atraer á sí á las almas generosas.

Un nuevo resorte, adherido al viejo y gastado mecanismo social, movido por la acción misteriosa de un sentimiento, hasta entonces desconocido, que anulaba el impulso del primitivo motor para descomponerlo y aniquilarlo enteramente.

Una nueva forma de nuestro modo de ser, modelada por inteligencias superiores en la región del idealismo para arrancar al espíritu de la influencia material de su grosera envoltura... y Sócrates, el gran Sócrates, como decíamos, vió de improviso, rodeado, sí, de una brillante aureola, perseguido con atroz ensañamiento por los sostenedores de la impostura, hasta caer, al fin, bajo el peso de su descomunalesfuerzo!

Era un peligroso innovador, y la sociedad de su tiempo con temor le rechazaba.

No lo entendía, no podía comprenderlo; veía en él un principio disolvente, como ahora ha dado en llamarse todo aquello que no está de acuerdo con nuestro modo de ser y de pensar, y creyendo que las ideas pueden morir, mató al hombre, para encerrarsus grandes pensamientos con sus restos inanimados... ¡achaque de siempre!

II.

Transportémonos á aquella civilización, como si no viviéramos en la nuestra, para poder apreciar con exactitud el cuadro que intentamos bosquejar.

No es un hombre, es una época la que examinamos. Época, saturada del envilecimiento de sus esclavos, de la preponderancia de sus clases, de la omnipotencia de sus sacerdotes y del espíritu de sus dioses.

No haya temor de confundirla con la que afortunadamente atravesamos, en que la vida legal y religiosa, civil y política, administrativa y financiera, formando una sola entidad moral, se eleva sobre las supersticiones y concupiscencias del mundo pagano, como el condor de los Andes cierne sus gigantes formas sobre los lagos subterráneos, sin adivinar sus ignoradas corrientes, sin comprender el mundo invisible que le ro-

dea, sin analizar el espacio que atraviesa... es natural!

El Partenon levanta sus elegantes capiteles en la gran ciudad de la Grecia Oriental.

Ochenta mil habitantes circulan de aquí para allá en las veinte y dos millas comprendidas en el perímetro de sus trece puertas.

El Areópago y la Academia, reciben en su seno á la juventud avara de ilustración y de gloria. Sus templos están llenos de una piadosa multitud que tributa con ferviente acento el homenaje de sus preces, ya ante la imagen de Baco adornada de todos sus atributos, ya de Júpiter ó Minerva, que ostentan su poderío sobre altares fastuosos.

Aquí resuena la voz de Aristófanes zahiriendo en sus comedias la doctrina del severo filósofo; allá la de los sacerdotes, condenando con piadosa indignación bajo el peso de su anatema... y desde el Cerámico al Pritáneo, al Acropolis, al Liceo, por todas partes, en fin, un rumor semejante al de las grandes tempestades anuncia que la alarma ha penetrado en todas las conciencias, y que el huracán de las pasiones truena, para caer con espantoso furor sobre la cabeza del culpable.

La opinión estaba formada.

Sócrates, pretendiendo reducir el infinito número de sus dioses á uno solo, era un peligroso sofista, un visionario, un demagogo ó cosa parecida, como diríamos ahora, y debía sufrir el castigo de tan abominable delito.

— Ah! ¿quién no se siente conmovido ante una civilización, que así sabe enlazar lo divino con lo humano, para convertir en blanda cera la voluntad de millones de seres, transformándolos en agentes sumisos de su inquebrantable creencia?

¡Aquello debió ser verdaderamente conmovedor y admirable!

Porque admira y conmueve el espectáculo que ofrece á los hombres pensadores un pueblo ilustrado, completamente sometido al espíritu de su religión y de sus leyes, de sus sacerdotes y de sus hombres de gobierno.

«La verdad no se discute...» y los buenos atenienses, que se creían poseedores de tan precioso tesoro, la monopolizaban y defendían á su manera.

No hay más que hablar.

Estaban en lo firme.

III.

«Ahí lo teneis...» gritaba en tanto el Pontífice Anito, al descubrir á Sócrates con sus discípulos ante las gradas del templo de Ceres: «allí está el implacable enemigo de Diana, que no quiere que ella conduzca el carro de la Luna; ese destructor de la moral, que no concurre á nuestras procesiones; ese monstruo, en fin, que coloca á los sacerdotes por bajo de los filósofos.»

«Atenienses!—continúa el artificioso Pontífice—ese Sócrates que veis, enseña á vuestros hijos á huir de las cortesanas... es el corruptor de la juventud.»

Ha probado en un libro, que no he leído, que no hay más que un Dios... es un ateo...»

Y la multitud, entusiasmada, repite con seráfico recogimiento: «¡es un corruptor de las buenas costumbres, es un ateo!»

«¡Amigos míos!—añade el orador arrebatado, lleno de santa indignación—no esperemos el suplicio á que el Areópago le condena y que pudiera evitar por medio de sus artificios. Libremos á la Gracia de este terrible tirano de los espíritus! Destrocemos la víctima, que Júpiter nos entrega si queremos tener el valor de vengar al Cielo!»

Y, lo hubieran vengado: que un pueblo piadoso, arrebatado por el espíritu que le comunica la respetable voz de sus sacerdotes, no halla obstáculo que le detenga, si Sócrates no se hubiera refugiado en el templo de Ceres.

¡Lástima grande que el réprobo no hubiera caído en las garras de los temibles energúmenos!... «No osó, Anito, dice un escritor ilustre, sitiar el templo para rendir al fugitivo; pero continuó de barrio en barrio paseando por toda la ciudad á sus hijos predilectos, y Sócrates, salvado del puñal, pudo morir tranquilamente... envenenado!»

«Oh, tú, decía en tanto encerrado en la prisión el eminente filósofo, cuyo poder se ejerce en todos los puntos del espacio, Supremo Ordenador de esas in-

mensas esferas donde mi espíritu se abisma, de esos mundos numerosos que la pequeñez de mis facultades ocultan á mis ansiosas miradas, dignate recibir el homenaje de uno de tus adoradores, que habiendo ya pagado su tributo á la naturaleza, desea volver á tu seno.

«Un pueblo que, ni á tí, ni á mí, conoce, acusa de ateísmo al humilde filósofo que te dirige su plegaria, y que dejaría de ser si dudara por un momento de tu existencia.

«Ah! ¿cómo á la vista del orden que reina en el universo podía admitir los efectos y rechazar la causa?

«Si, ¡Gran Dios! tú existes: te revelas en el orden de la naturaleza y tu nombre resplandece, impreso con caracteres indelebles en cada eslabón de esa gran cadena que por todas partes demuestra, con la perfección de la obra, la omniscencia del Artífice.

«Existes: pero no eres tú el Dios de ese pueblo ciego que engendró la vanidad y hace morir la soberbia... que se cree ejecutor de tu alta voluntad y se encenaga en los más horrendos crímenes, y que canta sus debilidades, ensalza sus adulterios y adora sus metamorfosis.

«No eres, no puedes ser ese Dios, ni el Dios de ese Areópago, que defiende con la espada de la ley las prácticas supersticiosas de una ignorante multitud y que obliga á todos los miembros de la República á ser absurdos, para no parecer malos ciudadanos.

«No puedes ser el Dios de ese intolerante sacerdocio, que para defender unos dogmas que ni le explican ni comprenden, persiguen á sus semejantes, llamándose intérpretes de la voluntad divina, cuando salpican sus altares con la sangre de los filósofos.

«Existes, si, te reconozco y en todas partes te admiro; pero si al hombre le es permitido decir lo que no eres, le es imposible analizarte.

«El pueblo te mensura con la escala imperfecta de su escasa inteligencia, y de ahí, que como él te haga vil, ciego y caprichoso.

«Los impostores sagrados que viven de tu culto, según sus intereses, te definen: hacen de ti un déspota reinando sobre un pueblo de autómatas para tratar de embrutecer la tierra, y te pintan castigando los crímenes de los padres hasta la última generación, sin pretenden vengarse de los sabios que los evidencian.

«¡Dios poderoso! obligado á elegir un culto que fuese digno de la idea que de ti tengo, arrojé con ansiedad una ardiente mirada sobre las religiones de la tierra, y todas me parecieron obra del interés ó el egoísmo, de la superstición popular ó del fanatismo de los sacerdotes.

«Dejé á los hombres, abandoné los libros, descendí á mi corazón, y allí ¡Señor! encontré el culto sublime de la naturaleza, que dulcifica mis costumbres, engrandece mi entendimiento y me pone en relación con el Cielo y con mis semejantes.

«Inspirado por él, aprendí á ser buen padre, buen amigo y buen ciudadano; á hacer el bien, á merecer la ingratitud de los hombres y á perdonarlos.

«Dios mío: sin duda has encontrado agradable este culto, puesto que hallo mi dicha en observarlo.

«Voy á morir: el gran velo extendido entre la verdad y yo está á punto de desgarrarse, pero convencido de haber llenado mis deberes con relación á tí, desciendo á tu insondable seno sin temor y sin remordimientos.»

Al pronunciar estas estas palabras los satélites del Areópago, se apoderan del filósofo.

Sócrates, se entrega á su destino sin proferir una queja, sin aponer ningún género de resistencia.

La insensata multitud invade el templo; le cerca, estrecha y parece querer despedazarlo, mas su tranquilo aspecto le contiene.

Un Pirronista que había escuchado su plegaria se acerca á él.

Todos callan, todos observan su actitud amenazadora.

—Sócrates, le dice, en medio de un silencio sepulcral: ¿crees realmente, en que no hay más que un Dios?

—Amigo mío, contestó el sabio: jamás he engañado á los hombres; pero si dudas todavía... ven, y me verás beber la cicuta!

EDMUNDO MAC-COSTELLO.

Puerto de Santa María: 1878.

LA SOMBRA DE CÉSAR. (1)

TRAGEDIA ESCRITA EN CATALAN POR DON VÍCTOR BALAGUER,

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR PATROCINIO DE BIEDMA.

ESCENA.

Los campos Eliseos.—Sombras de diversos personajes romanos paseando entre los árboles.

CÉSAR.

¡Y bien!... ¡Ya he muerto! ¡Estúpidos! Ahora los dados se han jugado!... ¡Ah!... De prisa también el Rubicon pasais vosotros!... ¡Oh, miserable raza envilecida!... Raza apesada por tus propios vicios, ahora... ¿qué vas á hacer? Barrera altiva y yugo á tus designios es tu crimen... ¡mi sangre acaso en tu conciencia grita!... ¿Qué vas á hacer, oh raza miserable? Si hasta esa libertad, raza podrida, hasta esa libertad que conseguiste, como el plomo te pesa; y ella misma te dice ¡oh Roma! que el tirano ha muerto, mas no ha muerto con él la tiranía!... ¿Fundar una república pretendes?... ¿Con quién y para qué? ¿Dónde hallarías el dictador, el magistrado, el cónsul?... ¿Antonio? ¡Tú lo sabes!... Vendería su patria á una mujer!... ¿Lépido entonces? De su mesa y su lecho las delicias por no perder, de su pereza esclavo, morir sin vacilar la dejaría!... ¿Octavio? ¡Si es un niño!... ¿Bruto acaso? Un fanático es, de alma sencilla que parece un bendito!... Tiene virgen el corazón, y nada lo es hoy día!... ¿Casio? ¿Podeis pensar en ese hombre de rostro sin color y sin sonrisa, rígido como el mármol, que no altera con la emoción su palidez sombría?... ¿Ligario? ¡Es un traidor!... Vive en las sombras, y huye el sol que á los buenos ilumina! ¿Al epicúreo Albinus? ¿Al beodo y disoluto Casca elegiríais?... ó á Salustio, el *bibliópola*, que ensalza la virtud que en sus actos no practica?... ¿Cicerón, ruiñón que con su canto del silencio en la calma os electriza, y huye y se oculta ante el menor ruido, y hace el temor que su cantar se extinga? ¡República anhela!... ¡Su nombre vano sombra es sin cuerpo, sol sin luz!... ¡Pedirla cuando no teneis hombres ni virtudes, es darle forma á un ser, sin darle vida!... Fundareis la república incolora; república de feria; el primer día que brote un hombre de tu seno ¡oh Roma! con solo que la empuje será hundida!... ¿Y cómo la quereis?... ¿Cómo!... ¡Decidlo!... ¿Dónde está la virtud que necesita la república?... ¿Dónde están las vuestras?... ¿Las tiene acaso el pueblo, que se humilla brutal y enlodado, entre histriones, mimos y plebe inmunda?... ¿El que desliza la existencia entre Arenas y Teatros?... ¿Las tienen los patricios que se agitan comerciando con todo lo más noble, con lo más puro y santo, que de día bajo los altos pórticos pasean su orgullo y presunción, y apenas brilla en el espacio el astro de la noche, coronados de pámpanos y espigas, sobre el lecho de impúdicas rameras arrastran el decoro que mancillan?... ¿Ó las tiene el Senado, que se vende á todo el que comprarle solicita?... ¿Las tendrán esos malos gobernantes que peculados y hurtos apadrinan, ó esas mujeres, que por ser romanas alzar debieran su cabeza altiva, y que hoy la ciñen con la noble *palla* que á la casta matrona cubrió un día, ocultando en sus pliegues la impureza de sus frentes manchadas, do palpitan los besos de libertos é histriones que de la noche en la quietud sombría ellas van á buscar, para entregarles su cuerpo impuro, su alma envilecida,

(1) A petición de varios Sres. Suscritores, reproducimos esta *Tragedia*, tomándola del libro de este título, publicado recientemente en Madrid por el Sr. Balaguer.

que prostituye el vicio, y que degrada de la lujuria el vergonzoso estigma?... ¡Virtudes!... ¡No las hay!... Si de los libros en las brillantes hojas se consignan, en sus actos, autores y lectores, las desprecian, tal vez, ó las olvidan!... ¡Virtudes!... ¡Yo os admiro! ¡Yo os venero, joyas sublimes de la historia antigua!... ¡Yo os amo, si, virtudes del pasado!... ¡del pensamiento ejemplo y maravilla! Por vosotros, verdugo de sus hijos, Junio Bruto en grandeza al mundo admira, y espejo de los siglos, Cincinato, escribe una lección con sus cenizas!... Pasaron ya los tiempos en que Roma de sus costumbres el deber cumplía, en que su fe, sus leyes y su patria cual las virtudes públicas, tenían su *palodium*... la juventud romana noble y sensata, valerosa y digna! Aquella juventud que ante el peligro y ante el temor jamás retrocedía, no es la cohorte afeminada y débil, deshonra de su pueblo, que hoy se agita en lechos sensuales, soportando en su manchada frente con fatiga la corona de rosas!... á quien pesa, en las manos cargadas de sortijas, el hierro de las armas... que desmaya si polvo y sangre en la batalla aspira, y con perfumes de jazmín y nardo su vergonzosa inercia se reanima!... Pasaron ya los tiempos en que Curcio daba á su patria, sin dudar, la vida; en que Scévola arder dejó su mano; en que Lucrecia, cual romana altiva, demandaba el rescate de su honra al puñal, y con sangre la escribía! ¡Esos hombres de hierro ya no existen!... héroes que llenan la leyenda antigua, valerosos jinetes, que á caballo tallados de una pieza parecían, ya solo se les busca en los recuerdos, ya solo en las memorias se les mira! Ni aquellos de las íntegras costumbres, los nobles magistrados, que sabían cumplir la ley, cual religión sagrada, y su deber cual religión divina! Ni las castas matronas, que hoy absortas vieran correr cual locas á sus hijas, medio desnudas, palpitante el seno, dejándose azotar como perdidas por mano de Lúperco embriagado cuya correa en su espalda silba, y creen así las viles entregarse á una prostitución casi divina! ¡Virtudes!... ¡Oh virtudes!... Si os hubiera hallado en ese pueblo, que es hoy día cortesano de vicios y de errores, antes de yo faltarme, con mi mano, yo mismo, de mi propio os vengaría! Para castigo del tirano entonces inútil fuera ese puñal que brilla en la mano de Bruto y la de Casio; con su espada, por sí, se mataría! ¡Quise daros un rey! Ciertamente es, romanos. ¡Un rey os quise dar!... ¡Mas no era indigna mi ambición!... ¡Por los Dioses os lo juro!... Era más que por mí, por vuestra misma sociedad!... ¡Por vosotros solo era!... Si, por vosotros, sociedad perdida, república sin fe, débil, caduca!... ¡No quisisteis un rey!... ¿os parecía preferible el rey-turba?... ¡Desdichados!... ¡Pues bien; ya le teneis!... En garantía yo os diera libertad!... ¡Ahora, licencia tendreis, para que os manche con sus iras! Renegásteis de mí, como si fuese un parásito vil; os parecía esclavitud obedecer á un hombre, y obedecer á muchos no os admira!... ¡Un hombre solo, aunque tirano sea, puede gloriosa hacer la tiranía; puede abrir á su patria una ancha senda de triunfos, de grandeza y de justicia!... ¡Pero muchos tiranos solo forman cadena de maldades que esclaviza, cadena que con odios y con sangre ha de sellar el pueblo que la ciñe!... Aquel que fué tu salvador, ¡oh Roma! ¡estaba destinado á ser tu víctima!... ¡Yo te di honores, glorias y reinados;

tesoros te di y tierras!... ¡No creía que ingrata y desleal fueses conmigo, y más que ingrata, infiel y parricida!... ¡Oh Roma! ¡Solo en ti pensaba César!... ¡En ti tan solo, el hombre que tenía los reyes por esclavos, y las reinas por mancebas humildes y sumisas!... ¡El hombre que tus águilas llevaba en triunfo á otras regiones, y cubría con su manto de púrpura tu nombre, indeleble por él, pues que esculpía tu religión, tus leyes y tu lengua, de la victoria en la elevada cima!... Con solo yo queriendo, un nuevo reino, imperios para mí fundar podía; ser en Iberia rey, serlo en Egipto, serlo en el mundo entero por conquista! ¡Y en brazos de Cleopatra, de esa reina de las reinas, tan bella como altiva; de esa hermosa mujer incomparable, lleno de honores; entre galas ricas; entre pompas brillantes como sueños; entre perfumes; entre incienso y mirra; viviendo de su amor; bebiendo en copas de oro, las gruesas perlas desleídas en el vino de Grecia y el de Italia; desde sus brazos con placer vería postrarse el universo ante mis plantas; enmudecer los cielos á mi vista!... ¡Esclava de mi gloria, ver la tierra á mi fugaz capricho sometida, y al paso vencedor de mis soldados, temblar el suelo; el mar ante las quillas de mis triremes, que al rozar las olas fuesen dejando mi grandeza escrita en la estela brillante que anunciase mi paso, con espumas y armonías!... ¡Ah!... ¡Los Dioses lo saben!... ¡Puede entonces hacerte de mi reino una provincia, y no lo quise, oh Roma, no lo quise!... ¡Yo cual madre y cual reina te quería!... Te di honores, imperios y riquezas, ¡oh fiera, oh loba en que fundé mi dicha! ¡Ser todo para ti, dártelo todo, esa fué mi ambición y mi divisa!... De cuanto tuve fuiste la heredera, por tí viví y luché... ¡por tí vertida fué mi sangre, la sangre de mis venas, que de tu amor al fuego se encendía!... ¡Y la de mis soldados generosos, que engrosó los torrentes que corrian de los montes al mar!... ¡Por tí tan solo hice que himnos de música divina ensalzase tu nombre, en cuantas lenguas expresa el mundo la palabra viva! Para tí, aunque por mí, para tí siempre, se alzaron monumentos que tenían en su cumbre tus dioses. Por tí, Roma, del Pirineo la corona erguida, de los Alpes las crestas, ménos altas que tu nombre, crucé con alegría, y de inmensas regiones las arenas, y de mares las olas nunca hendidas, y al Asia fui, y al África, y al Ponto, y á la Iberia, el Egipto y Thesalia... y al ver todos los reinos de la tierra, que esclavos de mi fuerza se decían, quise hacer pedestal donde se alzase tus águilas no más, loba latina!... ¡Todo lo quise para tí, lo quise y al dártelo mis ansias se cumplían!... ¡Tú á mí no me quisiste, ingrata Roma! ¡Me vengarán los dioses! que hasta el día en que se hundan los siglos en la nada, has de llevar mi nombre! Confundida esa generación será en el polvo, y en las generaciones que la sigan, un solo ser no habrá que al contemplarte recordando mi historia, no te diga: ¡Oh Roma la de César!... ¡No de Rómulo, porque ante mí tu fundador se olvida! ¡Ya el tirano murió! ¡La patria es libre! Ya nada á los romanos esclaviza á no ser sus pasiones, sus miserias... viles cadenas que á los hombres ligan. Ya de los libres llevan el *pileo*... ¡Ya todo es libertad!... ¡Luce encendida la llama de los patrios entusiasmos en el altar doméstico; y oscila ante la imagen fiel de nuestros lares!... ¡Ya podeis discutir!... sois larvas vivas!... teneis poder para agitar los *sistros*... os permiten gritar... hasta que estinta

quede en vuestras gargantas la palabra y se apague en la voz enronquecida! ¡Teneis promesas ya, fiestas y *espórtulas*, tribunos que os adulan y os excitan con candentes discursos desde el Foro, y con sus demagógicas doctrinas! ¡Ciceronianas voces del Senado que vuestros arrebatos justifican! ¡Desdichados!... ¡No oís rugir el trueno rodando en los espacios!... ¡No divisan vuestros ojos la guerra!.. (Yo la he visto, lo aseguro, romanos!) ¡Y á mi vista esa guerra civil, la más cruenta, la más triste de todas, hoy agita su monstruosa cabeza de serpiente, su tea que desastres ilumina!... ¡Tras de sus huellas llegará el tirano, suyos sereis!... ¡Vendrá la tiranía una vez y otra vez... Y de uno en otro pasareis!... ¡Siempre habrá quien os oprima! ¡De vuestra libertad el nombre santo rodará, como pobre hoja caída, y llegará á la historia, en sus recuerdos viviendo muerto en la palabra escrita! ¡No me quisisteis!... ¡Bien! ¡Llevad la pena y con ella mi luto!... Vendrá un día, cuando al brillar los tiempos venideros alta columna por mi honor se erija, que á ella volviendo los cansados ojos direis arrepentidos: «¡Si por dicha César viviera!...» ¡Y bien! ¡Mi muerte, Roma, ha de ser tu expiación! ¡Jamás olvida el criminal su crimen, y los dioses con mi eterno recuerdo te castigan! ¡Tirano yo! ¡Tirano el que pensaba solo en ti, siempre en ti!... ¡Sí, yo quería ser rey; hacerte reina, no lo dudes, fué mi sola ambición!... ¡La Roma altiva que yo amé, quise hacer reina del mundo, y lo fuera dejándome la vida!... ¡Acaso en los tiranos que te esperan llegue á venir alguno que te diga que ansia un solo cuerpo en los romanos por cortar su cabeza!... ¡Yo quería un cuerpo haceros para ser un alma, inmortal, poderosa é infinita!... ¡Pasaron ya mis sueños!... ¡Acabóse la más grata esperanza de mi vida!... ¡La tuya pasará... suerte infeliz! ¡No la mía, la tuya que es maldita! ¡En ti el destino vengaráse, oh Roma! ¡La encrudecida saña de sus iras sobre ti arrojarán huésteres extrañas y reyes extranjeros... en ti fijas sus tiendas se alzarán... verás tu suelo hollado por sus plantas!... ¡En ruinas rodarán tus altares y tus dioses... volarán las pavesas esparcidas de tus templos!... ¡Y entonces, aun entonces, cuando de lo que fuiste nada exista, César, aún vivirá... vivirá siempre!... ¡Vivirá entre tu muerte todavía!...

(Sin que deje de hablar se va aproximando lentamente hacia las sombras que se pasean por entre los árboles, hasta confundirse con ellas, y perderse su voz.)

CAE EL TELÓN.

LAS VISITAS DE BODAS.

TRADUCIDO DEL FRANCÉS PARA EL «CÁDIZ». (1)

ALBERTINA de Rostain, hija única de un coronel de artillería, acababa de casarse con Aquiles de Meneval, magistrado relator del Consejo del Rey, y único heredero de un nombre respetado en el foro. Este enlace colmaba los deseos de dos familias unidas de muy antiguo con lazos de amistad y con toda clase de relaciones sociales. Albertina, cuya educación había sido dirigida por su padre, unía á todas las gracias exteriores el más bello carácter y un gran espíritu de observación. No pertenecía al número de esas jóvenes ligeras, que miran el matrimonio como un medio de sustraerse á la vigilancia paternal y de lanzarse al mundo. Antes de someterse á aquel nuevo yugo, había estudiado lo que podía aligerarlo ó

hacerlo más pesado, y se había formado en secreto un sistema que debía asegurar su felicidad y la del simpático joven á quien acababa de unir su destino.

Casada hacia ya unos quince días, fué preciso pensar en las visitas de boda; costumbre antigua, que ha venido á ser para el orgullo y la opulencia un pretexto de ostentar sus fastuosos trenes; para la envidiosa medianía, el de ejercer una crítica severa, y para los que gozan de una posición desahogada, que son tolerantes y nada ambicionan, el de observar el interior de las casas, y tomar por modelo las más felices. Tal fué el objeto que se propuso la joven esposa de Meneval, y perteneciendo, así como su marido, á una familia numerosa, fué preciso recorrer los diferentes barrios de París.

Como tenía que presentarse en casa de distintas personas, más ó menos favorecidas por la fortuna, quiso vestirse de manera que ni rivalizase con las unas, ni humillase á las otras. Su traje fué á la vez elegante y modesto. Dejó todos sus diamantes en su cofrecillo, prescindió de sus ricos encajes, de sus más hermosos chales de cachemira, y llevó su atención hasta privarse en sus visitas del carruaje y los criados de su padre, proporcionándose un sencillo coche de alquiler, con objeto de no llamar la atención en manera alguna, y de hacer para provecho é instrucción suyos, lo que tantas otras no hacen sino por vanidad, por etiqueta ó por matar el tiempo.

Deseando, no obstante, dar variedad á su excursión, y, si era posible, prestarla algún atractivo, la combinó de manera que viniesen á tocarse los contrastes más notables, á fin de comparar la diferencia de costumbres, de edad, de rango y de fortuna; y como última precaución, se proveyó de un librito de memorias donde se proponía escribir el resultado de cada visita, bosquejar los diversos cuadros que se ofreciesen á su vista, y formar, por decirlo así, un código conyugal.

Comenzó por el barrio del *Marais*, y cuidando de no alterar las costumbres que en él se observan, se puso en camino con su marido á las doce en punto. Detúvose primeramente en casa de un tío segundo de Meneval, antiguo presidente del Parlamento de París, que vivía en la plaza Real. La antigüedad del palacio, la facha del viejo portero, á quien apenas quedaban fuerzas para silbar, la del ayuda de cámara introductor, inclinado bajo el peso de su antigua librea, los gritos penetrantes de dos papagayos y los ladridos de tres perritos finos que guardaban la entrada del salón, todo hizo creer á los recién casados que se habían transportado de repente al siglo de Luis XIV, y que entraban en casa de *Ninon de Lenclos* ó de *Scarron*.

El viejo magistrado estaba sentado en una poltrona y vestía bata de damasco gris, chimelas forradas y gorro adornado con una ancha cinta amarilla con doble nudo; tenía delante una pantalla de tafetan verde, y escuchaba con tierno recogimiento á su fiel y querida mitad, que le leía una novela de *Mlle. Scudéri*. La lectora, septuagenaria por lo ménos, estaba en traje de casa, de seda rosa, con cofia en forma de mariposa, polizón de terciopelo negro guarnecido de blonda, pequeño delantal de tafetan verde, zapatos bajos, lunares en las mejillas y pintada como una dueña de teatro.

Interrumpióse la lectura para recibir á los nuevos esposos, á quienes se examina de pies á cabeza. El traje modesto de Albertina agradó á la vieja presidenta, y su tono y modales la previnieron en su favor. Aquiles arrebató á su tío hablándole de aquel antiguo esplendor de la magistratura, de aquella imponente dignidad de los magistrados de su tiempo. La conversación fué animada, alegre; los viejos cónyuges se sentían rejuvenecer junto á los nuevos. El señor presidente contó sus amores, sus travesuras de joven, y la señora presidenta hizo una relación de sus conquistas, el retrato de sus numerosos adoradores, la historia detallada de la preferencia que había dado á su muy querido esposo, y acabó deseando á Albertina una unión tan larga, tan constantemente feliz como la suya.

«Confiesa, dijo al salir la joven esposa á su marido, que en medio de esas chocheas y bajo ese traje gótico, agrada mucho encontrar la franqueza del corazón y la pureza de costumbres del buen tiempo antiguo.— La verdad es que nos burlamos de las buenas gentes

del *Marais*, la contestó Aquiles, y no valemós lo que ellos.—¡Ah! plegue á Dios, añadió Albertina estrechándole la mano, que nos amemos nosotros como se aman ellos después de cincuenta años de matrimonio, que, como ellos, nos bastemos el uno al otro!...» Y subiendo á su coche y tomando su librito de memorias, escribió estas palabras con el título de la primera visita: «*Medio siglo de felicidad; cuadro conmovedor; modelos que imitar.*»

De allí siguieron á la calle de San Luis, á casa de un administrador general de aduanas, primo hermano de Albertina, casado hacia algunos meses con una heredera muy rica, que lo había preferido, contra la voluntad de sus padres, á los más brillantes partidos. El coche entró por un rico peristilo de columnas, y se detuvo delante de un vestibulo adornado con estatuas y cubierto de espartería. Dos altos lacayos con libreas introdujeron á los Sres. de Meneval hasta el primer piso, donde, después de haberles hecho esperar algunos instantes en una vasta antesala, se les hizo pasar á un magnífico salón que parecía reunir todo lo que pueden inventar el lujo y la opulencia. Después de media hora larga de espera y de impaciencia, Aquiles y Albertina vieron por fin aparecer á la joven señora de la casa. Acababa de levantarse: un elegante peinador casi suelto, envolvía su talle encantador; y sus largos cabellos rubios, descuidadamente recogidos, caían en parte sobre sus espaldas. Los ojos ojerosos y la tez pálida de la bella indolente denunciaban el cansancio y el fastidio. Hundióse en un muelle confidente é hizo sentar junto á ella á Albertina, quien se aperebió fácilmente, por un movimiento de labios y una mirada escudriñadora, que su traje parecía demasiado sencillo y aun algo mezquino. «He pasado toda la noche en el baile, dijo la joven; y si no hubiese sido por vosotros, á fé que no hubiera recibido hoy.—Mucho sentimos, señora, respondió Aquiles, que hayan turbado el reposo de Vd.—¡Mi reposo!... hace algún tiempo que padezco de insupportables insomnios; no os podeis figurar como laten todas mis arterias, cuán excitados están todos mis nervios.—Cuando nuestra presencia es deseada en los círculos más brillantes, como sucede á Vd., es difícil resistir á la fatiga que producen, y muy raro que la salud no se altere; y ¿qué tal es la de ese querido esposo?—No lo sé, os lo juro; hace... seis días que no le veo.—¿Está en el campo?—Nó, pero pasa la mañana en el juego de pelota; luego pasea á caballo hasta las seis; come en la calle por su cuenta, yo, por la mía; y, á ménos que la casualidad nos reuna por la noche en el teatro ó en alguna tertulia, ya no nos vemos.» Al pronunciar estas últimas palabras, exhaló involuntariamente un suspiro, que no se escapó á la penetración de Albertina. La conversación se hizo vaga, lánguida, embarazosa; y después de los cumplidos de costumbre y de mútuas protestas de cariño, volvieron los nuevos esposos á su coche, donde Albertina se apresuró á escribir en su librito: «*¡Ni un año siquiera de felicidad! divorcio anticipado; cuadro penoso; modelos que es preciso huir.*»

Después de varias visitas insignificantes que es inútil describir, se dirigieron á la calle del *Temple*, á casa de un joven consejero de S. M., discípulo y pariente de Aquiles.

Habiase casado este señor hacia algunos años, con una huérfana muy joven, cuya educación se había visto obligado á concluir. Criada desde su infancia por parientes duros y austeros, había adquirido una timidez que nada podía vencer.

Si su marido la comprometía algunas veces á mostrarse en público, parecía tan sencilla, tan apocada, que se la tomaba por una provincial sin sociedad, ó por una idiota incapaz de la menor sensación. Albertina misma la había juzgado de esta manera en varias reuniones, y compadecía sinceramente al simpático joven que había cargado con semejante autómatas. Aquiles tenía concebida igual opinión acerca de ella, y más de una vez se había divertido á espensas de la joven consejera.

Se les introdujo sin ceremonia ninguna, y sin hacerles esperar un solo instante, en un salón notable por su orden y su limpieza, desde donde oyeron ejecutar al piano en una habitación contigua, una de las sonatas más difíciles de Beethoven, con tal estro y precisión que quedaron encantados; pero apenas comenzaban á saborear el placer de oír aquella obra maestra,

(1) Del libro de Mr. Bouilly: *Las casadas jóvenes*.

cuando repentinamente calla el piano, se abre la puerta y aparece ante sus ojos la artista. Cortada y confusa al principio la tímida joven, fué serenándose por grados, y acabó por hacer los honores de la casa con graciosa sencillez, y sobre todo, con una cordialidad tan agradable, que Albertina y su esposo, llenos de sorpresa, estaban á la vez avergonzados y arrepentidos de sus injustas prevenciones.

En aquel momento llegó del Palacio de Justicia el joven consejero, y se unió á su amada compañera para animar la conversacion. Alentada por la presencia de su marido, á quien adoraba, dejó la interesante joven, sin darse cuenta de ello, que su alma volase libremente, que su imaginacion mostrase todo el fuego que encerraba, y haciendo brillar una instruccion profunda y el gusto más exquisito, probó á los nuevos esposos que á veces una joven que ostenta en público sus conocimientos, y prodiga las gracias de su ingenio, procurando atraerse todas las voluntades, no vale lo que otra más tímida, que estudia en modesto silencio los errores y extravagancias de los demás para evitarlos ella, que se aprovecha en secreto de todo lo que se representa en la escena del mundo, que atesora en una palabra, lo que otras disipan.

Esta visita hizo viva impresion en Albertina, quien manifestó su simpatía á la joven consejera; simpatía que fué el cimiento de una larga y consecuente amistad, como que estaba fundada en la estimacion; y al salir murmuraba estas palabras, que escribió en su librito: *«Mérito ignorado; tesoro raro; union preciosa; amiga que es preciso adquirir.»*

El gusto y la sorpresa que habian experimentado Meneval y su compañera en esta interesante entrevista, que, sin pensarlo, habian prolongado, les hizo olvidar la hora, y apenas les quedaba tiempo para acabar algunas visitas en el barrio que recorrían. «Ahora, dijo Albertina, iremos á casa de la baronesa de Sain-Cyran, que vive al extremo de la calle de Vendôme, cerca del bulevar.—¿No es, preguntó Aquiles, esa loca, que tiene la pretension de creerse mujer de talento, cuando en realidad no tiene más que un ligero barniz de sociedad; aquella brillante aturdida que deslumbra un instante, y cree seducir á todo el que se le acerca?—Justamente, respondió Albertina: como pasa una gran parte de la noche en diversiones, no está nunca visible ántes de las tres.»

Llegan, pues, á casa de la baronesa, preparándose á oír la relatar la crónica del día, y charlar mil locuras.... Pero ¡cuál fué la admiracion de ambos consortes al encontrar en ella una seriedad glacial, y un abandono extraño en sus modales, en sus palabras y en su persona! Hubiérase dicho que, despojada de todo el prestigio de que se rodeaba en público, apenas le quedaba su recuerdo, y que, fatigada de los esfuerzos que hacia para agradar en saraos y reuniones, tomaba aliento para volver á ellos con nuevo ardor. Perezosamente sentada en una poltrona y leyendo una de esas revistas donde se comenta la anécdota del día, donde el ingenio lanza el dardo de un epigrama y traduce en chascarrillos ó en caricatura todas las cosas de actualidad, llenaba su memoria con esas mil bagatelas de que formaba su propio ingenio, y con las cuales enriquecía su memoria.

Recibió á los señores de Meneval con fria dignidad, sin que se dibujase una sonrisa en sus labios, ni diese animacion á sus palabras la más ligera broma. Olvidóse de sí misma hasta el punto de hablar de cosas serias, de afecciones y de economía; pero todo esto, con un tono tan triste y tan fastidioso, que Albertina, disimulando con el abanico los bostezos que la asaltaban, se despidió de la baronesa y volvió á su coche.... «Como ésta, la dijo Aquiles, son casi todas esas mujeres pretensiosas, esas lindas parlanchinas que dicen mil extravagancias salpicadas de citas, hechas á la ventura. Nada más seductor en apariencia; nada más triste en sus casas que esas decididas de profesion. Como no sean las preferidas en una reunion, se retiran enseguida y desahogan el mal humor y el despecho de haberse visto postergadas en todos los que la rodean.—¡Ya! dijo Albertina, no sé yo la que vuelva á sufrir las humoradas de la baronesa....» Y al alejarse escribía en su manual: *«Talento postizo; mueble de salon; trato insoportable.»*

Pasaron por la calle de Santa Apolina y se detuvie-

ron delante de la puerta de la Sra. de San Roman, viuda joven, vanidosa, coqueta y altanera, como lo son casi siempre los nobles de provincia. Esta señora cifraba su felicidad en ir siempre vestida por el último figurín. Sus sombreros y sus vestidos eran siempre los más modernos. «La importancia que se da, dijo Albertina, y su manera de vestir, demuestran que es rica; y sin embargo, yo sé de buena tinta que su viejo marido se casó con ella por inclinacion, y no la dejó al morir más que una renta muy módica.—¡El orden y economía hacen milagros! contestó Aquiles.—Preguntaron, pues, al portero del palacio en qué piso vivía la Sra. de San Roman. «En el quinto, en el último, respondió bruscamente aquel.—¡En el quinto! repitió Albertina, recogiendo su vestido con precaucion y trepando con su marido por una escalerilla de servicio oscura y sucia. Parece que la hermosa dama es tan modesta en lo que toca á su vivienda, como prolija es en componerse.» Llegaron por fin al descanso del piso indicado, y llamaron jadeando á una puertecilla cenicienta, que abrió una especie de doncella en traje de lavandera. Era la señora misma en traje de casa menos que mediano; con los cabellos recogidos bajo un pañuelo de madrás y un delantal de tela oscura. Hallábase ocupada en lavar la ropa de la semana.

Su confusion fué extremada al ver á los señores de Meneval y tener que recibirles en su humilde morada. Componíase ésta, únicamente de una alcoba y de un gabinete. Una cama de madera sin pintar, que debía ofrecer poca comodidad, una mala cómoda, un costurero de nogal y algunos sillones viejos de terciopelo amarillo de Utrech, constituían todo su mueblaje. Notábase allí, no obstante, un grande espejo de columnas, mueble indispensable para una coqueta, y se veían tendidas en un cordel una magnífica bata de muselina de la India, bordada, y dos camisas de batista adornadas de encajes, que acababa de lavar la hermosa señora, y que, con la que llevaba en aquel momento, completaban toda su ropa blanca. Lo que hizo más chocante aquel contraste de lujo y de miseria fué ver á la Sra. de San Roman, sacar apresuradamente de su vieja cómoda un magnífico chal de cachemira, que echó sobre sus hombros, y del costurero una elegante cofia de ricos encajes, con la cual sustituyó con mucha destreza el pobre pañuelo que cubría su cabeza. Repuesta de su confusion con aquella semi-elegancia, fué tomando poco á poco su aire de dignidad y su gravedad acostumbrada, é hizo sentir á los recién casados toda la distancia que, á su parecer, existía entre ellos y una dama de su rango.

Albertina, aunque pertenecía á una familia distinguida y era hija de un coronel de artillería, no quiso disputar á la Sra. de San Roman las pretendidas prerrogativas de que estaba tan orgullosa. La lástima que le inspiraba aquella mujer vanidosa, predominaba en ella á todo otro sentimiento. Aquiles aprobó con una mirada la generosa moderacion de su esposa, y en seguida se retiraron, convencidos de que aquella desgraciada se reducía en su casa á lo estrictamente necesario, para satisfacer en público su deseo de brillar y su ansia de seguir todos los caprichos de la moda. No podía Albertina volver de su admiracion, y prometíendose muy de veras no imitar jamás á aquella insensata, trazó en su libro estas palabras: *«Miseria y vanidad; largos sufrimientos por un momento de brillo; víctima de sí misma.»*

«Entremos, dijo Aquiles, haciendo detener el coche en la calle nueva de San Eustaquio, situada frente á un paseo, entremos en casa de mi amigo Dastrol, oficial de caballería retirado, hombre instruido y muy honrado, para quien he conseguido, en premio de sus servicios, un modesto destino, con el cual sostiene á su madre enferma, á su mujer y tres hijos.—De muy buena gana! repuso Albertina: mucho me admiraría de no encontrar aquí asunto para tomar algunas notas interesantes que de seguro no deslucirán mi coleccion.

Subieron al segundo piso por una escalera limpia y bien alumbrada, y llamaron á una puerta recién pintada, delante de la cual habia una esterilla de esparto. Vino á abrirles un niño de ocho á nueve años y les introdujo en una pequeña antesala que servía de comedor, y donde preparaban la mesa dos jovencillas. Abrióse otra puerta y vieron aparecer á Dastrol que acababa de llegar. Apenas vió á Aquiles, se echó en sus brazos

exclamando: «¡Cómo, querido Meneval, quieres darnos el gusto de conocer á tu hermosa compañera, y embellecer nuestro retiro con su amable presencia!—¿No has firmado tú mi contrato de matrimonio? ni quién como tú, Dastrol, ha tomado parte en mi felicidad?... Ea! abraza á mi Albertina.—¡Oh! con toda el alma.... si mis bigotes no asustan á la señora.—¡Oh, nó! ¿cómo asustarse de lo que recuerda el valor y la gloria? Los amigos de mi marido lo son también míos.—Puedes ofrecermé un desquite, repuso Meneval, proporcionándome el placer de abrazar á mi vez á tu mujer: ¿dónde está?—Aquí me tiene Vd., dijo la Sra. de Dastrol con su acento provenzal, saliendo de una cocinilla, donde ayudaba á su anciana niñera á preparar la comida. Dispuesta y viva, llevaba, como la Sra. de San Roman, un delantal; pero ¡qué diferencia! Este era extremadamente limpio, y servía para preservar un traje de casa tan esmerado como modesto. Los modales de la Sra. de Dastrol eran los de una excelente madre de familia; aunque sencillos, denotaban buena educacion. Su cara fresca y risueña anunciaba esa tranquilidad de espíritu, esa felicidad doméstica que se disfruta á cada paso, que se renueva á cada instante.

Después de abrazar á Meneval, presentó á Albertina sus dos hijas y su hijo, que se preparaban á arrastrar en un gran sillón á la venerable madre de Dastrol, medio paralítica hacia algun tiempo: era su hora de comer, y nunca se la hacia esperar. «Si quisieras, dijo Dastrol á su amigo, oh! si quisieras acabar de embellecer para mí este día, comerías aquí, y participarías de una carpa del Rhin que acaba de enviarnos un pariente mío que está en Estrasburgo. Mi buena Adela guisa este pescado á las mil maravillas.—De buena gana aceptaría, respondió Meneval, pero como andamos de visitas....—Son cerca de las cinco: todo el mundo come á esta hora; vamos, quedaos; luego seguireis vuestras visitas cuando queráis, y habreis hecho feliz á toda una familia.—¡Cómo resistir á semejante invitacion! dijo Albertina, en cuyos ojos procuraba leer Aquiles; pero con la condicion de que no hemos de comer sino la carpa del Rhin; es un plato que me gusta con locura.—Al oír esto, apresuróse la señora de Dastrol á componer la carpa, mientras sus hijos lo preparaban todo.

No se cansaba Albertina de admirar el orden y el arreglo de aquella casa. «Es mi única manía, decía Dastrol; economizamos todo lo que podemos fuera de casa, para estar en ella con comodidad: hemos arreglado nuestras necesidades á nuestra pequeña entrada, y sabemos encontrar el desahogo en el seno mismo de la medianía.—En cambio, sucede con frecuencia que los poderosos no tienen ese desahogo, respondió Meneval: ¡cuántos ricos indigentes! no se vé otra cosa en París....» Mientras hablaban así, se abrió la puerta, y el niño, con la servilleta en la mano, anunció que estaba puesta la mesa. Dastrol acude en seguida á arrastrar el sillón de su madre, y Albertina, cediendo también á aquel rasgo de amor filial, á que por su parte estaba acostumbrada, ayudó á rodar el sillón de la venerable enferma, que, impedida de hablar por la parálisis, expresó con una sonrisa y un movimiento de cabeza todo el placer que sentía.

Pasaron todos al pequeño comedor, donde reinó la mayor expansion, una alegría continua y la más franca cordialidad durante toda la comida. La carpa del Rhin hizo el gasto y sobrepusó á la esperanza de los convidados... Oh cuán rápidamente se deslizan esas horas deliciosas en que entregados al más dulce abandono, estrechamos los lazos de una amistad antigua, sin aparato, sin trabas ni ceremonias! Jamás habian encontrado tanto placer en verse reunidos Dastrol y Meneval. Albertina participaba de su gozo, y confesó que de todos los obsequios de boda que les habian hecho, ninguno era comparable á aquel arranque del corazón, á aquella reunion tan alegre y tan conmovedora al mismo tiempo... El reloj dió las ocho y fué preciso separarse. Como empezase ya á oscurecer, tomó Albertina su librito y se dió prisa á escribir estas palabras en el mismo sitio donde acababa de experimentar tan dulces emociones: *«Medianía dichosa, preferible á la opulencia... Costumbres de la edad de oro; amigos que debemos conservar.»*

Los nuevos esposos acabaron sus visitas recorriendo hasta las diez de la noche el barrio de San Ger-

man. Entre las personas respetables que visitaron en él, conservadoras de las antiguas y severas costumbres de la capital, notaron en algunas la inflexibilidad de rancias preocupaciones, y una ceremoniosa etiqueta; en otras, esa intolerancia religiosa que quizás hace más incrédulos que prosélitos; pero en la mayor parte de ellas, esa noble naturalidad, ese buen tono, esa pureza de lenguaje y esa distinción de maneras que es un privilegio de la aristocracia, y cuyo precioso depósito ha conservado ésta á través de las revoluciones. Ambos convinieron en que París es un compuesto de varias ciudades, cada una de las cuales tiene su carácter peculiar, y que es preciso, en cierto modo, conformarse á los usos y á las opiniones del barrio en que se vive. Albertina no cesaba de tomar notas, y entre-gándose á todas las reflexiones que ellas sugerían, terminaron sus visitas de aquel día en la Calzada de *Antin*.

La gravedad afectada de ciertos advenedizos les pareció más insufrible aún que la de algunos nobles antiguos. Deslumbrados por el lujo insolente de éstos, cansados del mal gusto de aquellos, pero distraídos con las obras de arte que encontraban en sus palacios, echaban de ménos esa franca urbanidad, esa atracción, que no se encuentra sino en los que saben sentir y comprendernos: ni el té brillante, ni la espléndida cena á que se vieron obligados á asistir, ni el hirviente ponche, cuyas llamas reflejaban magníficos cristales y hermosísimos jarrones de plata sobredorada, fueron para Aquiles y Albertina lo que aquella reducida mesa del honrado Dastrol y aquella carpa del Rhin. Albertina la recordaba siempre; y cuando, recapacitando sobre sus visitas de boda, recorría las instructivas notas de que había llenado su librito, les puso fin con estas palabras que le dictó un amigo respetable y sincero:

«El himeneo es un largo viaje, en cuyo camino hay flores y espinas, llanuras risueñas y precipicios, fuerza es contar con unas y otros y prepararse á sufrir, tras hermosos y serenos días, otros nublados y tempestuosos... No olvideis, jóvenes viajeras, que el medio más seguro de arrostrar la fatiga y los peligros, es marchar en línea recta, y sobre todo, sin ruido. Un tren brillante suele extraviar y desunir en el camino á los compañeros de viaje: más segura es una marcha modesta en la que cada cual lleva su equipaje, y sostenidos el uno por el otro, llegan al término de su jornada bendiciendo la más dichosa de las cadenas.»

AURELIA CASTILLO DE GONZALEZ.

Habana: 1878.

DESDE CÁDIZ Á LA HABANA.

(Continuación.)

IV.

Cuando al día siguiente salí de mi camarote, á la entrada de la cámara de popa se alzaba el altar, revestido con un paño de los colores nacionales y coronado por una imagen de la Virgen del Carmen, patrona de los marinos.

Casi todos los pasajeros llegaban sobre cubierta, y los marineros, arrodillados ya, esperaban la misa que iba á celebrarse.

En aquel momento, el capellán apareció revestido, y yo me arrodillé como todos, sin haber podido ver si estaba allí Magdalena.

Mi pensamiento, dominado lentamente por la grandiosa sencillez de aquel espectáculo, se olvidó bien pronto de la tierra para elevarse á Dios.

Nunca había visto hasta entonces celebrar sobre el mar ese angusto sacrificio, y ni he olvidado la impresion que aquel día sentí, ni, he podido jamás verla con indiferencia.

Reinaba un silencio solemne.

La calma del mar era celestial.

Hubiera podido creerse que las olas no querían turbar el santo rumor de las oraciones del sacerdote.

Un eco suave y dulce, como de una armonía desconocida que brotase del fondo de las aguas, palpitaba en el vacío.

El Sol naciente parecía la gigante lámpara de aquel templo magnífico, cuya bóveda se perdía en la inmensidad.

La vision sublime de Dios flotaba en aquel momento ante mis ojos con toda su incomprensible grandeza.

Yo había visto al Sol hundirse en las aguas sin rayos ni reflejos, como si una mano suprema le hubiese arranca-

do su diadema deslumbradora; y al volverle á ver ya no era aquel foco apagado, aquel globo, candente aún, pero sin luz ni fulgores; al verle de nuevo, su llama inmensa y magnífica jaspeaba la atmósfera con chispas brillantes, y sus reflejos iluminaban la hostia santa que elevaba el sacerdote.

¡Ah! ¡Yo creí que sólo para dar esplendor á la imagen invisible y presente del Dios vivo se había encendido de nuevo el esplendente lumínar del día!

Lleno mi espíritu de estas ideas sagradas, uní las manos para orar.

Gusta, cuando el pensamiento vuela á Dios, olvidarse de cuanto nos rodea, y yo, olvidado de todo, como si en mis manos ofreciese á Dios mi corazón, las elevé hácia el altar.

En aquel momento, no sé por qué, volví la cabeza.

Magdalena acababa de llegar sin duda, pues estaba de pie.

Su mirada indiferente se fijaba en mí, y una leve sonrisa, aquella sonrisa que ya conocía, vagaba en sus labios.

Separé mis manos y sentí que enrojecía.

Magdalena no volvió á mirarme.

Su gracioso busto se perfilaba vigorosamente sobre el fondo azul pálido del vacío.

El perfil suave y puro de su rostro se marcaba con la delicadeza de un camafeo de marfil sobre una plancha de zafiro.

Pero Magdalena, inmóvil, siguiendo con la vista las ondulaciones de las olas, cuando tenía ante sí aquella grandeza reveladora de un poder divino, no era comprensible para mí como mujer, pues yo no comprendo á ésta sin un alma apasionada, un corazón tierno y una razón sencilla.

Una mujer sin estos dotes es una hermosa estatua de carne y sangre, pero no un alma, no un pensamiento.

Magdalena, á pesar de la perfección de su rostro, de aquella pureza de líneas y aquella armonía de contornos que la hacía semejante á las estatuas griegas, nada decía ni á mis sentidos, ni á mi corazón.

V.

Cuando la misa terminó, los pasajeros se alejaron en distintas direcciones: los unos subieron al castillo, y los otros se fueron al puente ó á los camarotes, y algunos á la cámara en que vibraba el piano.

Cuando sus primeros acordes resonaron entre el murmullo de las olas y el leve y continuo ruido que producen al chocarse los objetos del buque, yo, que no sabía á dónde dirigirme, y me había quedado apoyado en un saliente del barco viendo el continuo avanzar de las gruesas orlas de espumas que en alta mar arrollan las olas, me dirigí al salón de popa, como atraído por aquel sonido dulcísimo y sin voluntad de ir.

Magdalena estaba sentada al piano.

Algunos pasajeros, que ocupaban los divanes que cercan la cámara, leían ó escuchaban; otros organizaban partidas de juego, y otros, en fin, miraban al mar por las ventanas, aspirando las húmedas brisas de aquel hermoso día.

Guiado por el mismo instinto que hasta allí me había llevado, me acerqué al piano y quedéme de pie al lado de Magdalena para volver las hojas de la música en que leía. Me dió las gracias dulcemente y siguió tocando.

Sus dedos blancos y finos hacían brotar una melodía vaga, suave, misteriosa como las armonías de la naturaleza: el arte, el sentimiento, la poesía palpitaban en aquella vibración poderosa, llena de exuberante belleza.

Yo la escuchaba absorto: aquella mujer no me parecía la misma que había visto ántes indiferente y helada ante el más grande de los sentimientos.

Cuando la fantasía terminó, Magdalena dejó el piano y fué á sentarse ante una mesa en que había una bella cartera de *tourista*, de *amateur* de las artes.

Sacó una acuarela empezada, y se dispuso á continuarla. Yo la había seguido, no sé por qué; creo que con la idea de entregarla su pañuelo, y me senté á su lado.

—¡Oh! dije contemplando aquel lindo dibujo, y bajo la impresion todavía de la música que había escuchado; tiene Vd. un alma de artista.

—Sí, me dijo riendo, me gustan las artes porque me distraen y me ocupan.

—¿Nada más? le pregunté.

—¿Qué más puede ser?

—El artista suele aspirar á una corona de gloria.

—¡Oh! Yo no soy bastante loca para creerme una inspirada, ni para soñar con la inmortalidad; sueño que, á la verdad, tiene mucho de infantil, en medio del realismo positivo de nuestro tiempo.

—Pero el artista siente en sí mismo, en sus ideas, en sus creaciones algo de eterno, que no pide, que no necesita pedir á la sociedad en que vive; las obras del genio son inmortales.

—¡Ah! yo no soy un genio! Me apresuro á confesarlo:

dicen que los laureles del genio crecen entre lágrimas, y yo no tengo la abnegación que se necesita para ofrecer la felicidad de la vida, es decir, lo real, lo palpable, á una vanidad necia que ninguna ventaja ha de darme, ni siquiera la de satisfacer mi orgullo, pues la gloria empieza donde acaba la vida, es decir, donde acaba todo.

—¡Ah, señora! Cómo puede hablar así una mujer tan joven, tan inteligente, que sabe sentir, que sabe pensar, y que por lo mismo debe saber amar y creer!

—¡Me haceis reír! Es decir, que según Vd. la felicidad consiste en no desviarse una línea del sendero gastado ya por la generalidad de las gentes que por él pasan: ir como los carneros de Panurgo, los unos tras de los otros.

—No, eso sería imposible, pues cada ser tiene marcado en el mundo muy diverso destino; pero al cumplirle no se debe olvidar ni rechazar la verdad, como no arrojan los marinos al seguir distintos rumbos la brújula que á todos les guía.

—¿Y cuál es esa brújula?

—Hay, señora, verdades tales, que ellas pueden guiarnos en la vida.

PATROCINIO DE DBIEMA.

(Se concluirá.)

NOTICIAS.

La *Biblioteca enciclopédica popular ilustrada*, acaba de publicar un nuevo *Manual*, el de *Aguas y Riegos*, por Don Rafael Laguna, que es el tercero de los que lleva publicados la *Biblioteca*, siendo su objeto el de difundir la instrucción en las clases populares.

Trátase en él de los fenómenos de las aguas, de los pozos artesianos, de los canales de riego, de las desecaciones, de los pantanos, de las aguas potables y de los riegos, propiamente dichos.

Todas estas materias están tratadas de una manera clara y sencilla, por medio de citas y ejemplos, que hacen agradable su lectura al mismo tiempo que útil.

No podemos ménos de llamar la atención de nuestros lectores sobre dicha *Biblioteca* y sus *Manuales*, tanto por su trascendental objeto, cuanto por el mérito de los libros.

La forma es elegantísima: un tomo de 240 páginas en 8.º, buen papel, clara impresion, ilustrado con grabados en láminas sueltas, y una caprichosa cubierta al cromo lo completan.

Suscribiéndose á la *Biblioteca* cada volumen cuesta cuatro reales, y los tomos sueltos se venden á seis.

Reiteramos la invitación á nuestros lectores á que se suscriban, dirigiendo el pedido á la Administración, calle del Doctor Fourquet, núm. 7, Madrid.

Hemos recibido la preciosa publicación *Museo de los niños*, que ha comenzado á ver la luz pública en Madrid, y es verdaderamente recomendable por la moralidad y belleza de los trabajos que contiene, y el gusto con que está impresa. Tiene lindos grabados, y juguetes apropiados para niños y niñas, que al distraerlos han de ilustrarlos. Recomendamos tan ameno periódico.

La conocida y acreditada casa editorial de D. J. Góngora y compañía, ha tenido la bondad de remitirnos el útil *Anuario del estudiante*—guía de las familias—que acaba de publicar (año tercero), el cual corresponde al curso actual de 1878-79. La importancia de esta obra que á más de hacer una exacta exposición del estado de instrucción pública en España, facilita datos de los colegios y profesores, así como de las carreras facultativas y especiales, donde se estudian, lo que cuestan, y los cargos para que habilitan, no puede desconocerse por los padres y tutores. Se vende en Madrid á 6 rs., puerta del Sol, 13.

Hemos recibido el libro de poesías que con el título de *Musa popular* acaba de publicar el conocido escritor Don Francisco de P. Jordan, debido á la galana pluma de nuestro distinguido redactor y amigo D. Alfonso Moreno Espinosa, el cual ha sido enriquecido con un prólogo magistralmente escrito por el que es también nuestro ilustrado redactor D. Romualdo Álvarez Espino.

Agradecemos al Editor su recuerdo y recomendamos á nuestros lectores esta obra, que se vende en la calle de Enrique de las Marinas, núm. 5.

Hemos recibido con aprecio el Reglamento orgánico de la Academia de Artillería: agradecemos la atención.

Con el más profundo pesar participamos á nuestros lectores el fallecimiento de la joven y virtuosa Sra. D.ª Matilde Velasco de Dolarea, esposa de nuestro querido amigo y redactor D. Francisco de Dolarea, la cual deja cuatro hijos

de muy corta edad huérfanos, é inconsolables á su amante esposo y cariñosos padres, no ménos que á cuantos tenían el placer de tratarla y admiraban sus virtudes y bondades.

La redaccion del CÁDIZ envia á su afligido compañero el más sentido pésame, así como á toda su familia, y ruega á Dios por el eterno descanso de la finada.

Otra nueva y triste noticia tenemos por desgracia que escribir para anunciar el fallecimiento de la señorita de Castillo de San Vicente, de 16 años de edad, hermosa y y querida como hija única que era en esta apreciable familia, que en poco tiempo ha experimentado dos desgracias irreparables. La acompañamos en su justo dolor.

En esta última decena ha tenido lugar el beneficio de la señorita Genovés en el teatro Principal, habiendo sido obsequiada la simpática artista con un gran número de ramos de flores, algunas joyas, palomas, versos y una corona.

La concurrencia que era escogida, aunque no muy numerosa, aplaudió con entusiasmo á la beneficiada, la cual debió quedar satisfecha de sus admiradores de Cádiz, que la obsequiaron galantemente.

Para beneficio de la señorita Genovés se ha puesto en escena en nuestro Teatro Principal el drama de Leopoldo Cano *La opinion pública*. Juzgado oportuna y discretamente por la prensa de Madrid, no intentamos emitir un juicio que necesariamente habia de recordar los que ya se han leído, pero sí diremos que caminando el realismo por ese camino llegará al fin muy en breve.

Acomular en el espacio de una noche, en una sola casa y en una reducida familia, los acontecimientos y los crímenes que acaso en el transcurso de siglos no hubieran podido desarrollarse en una generacion, es demasiado fuerte para ofrecerse como realidad.

Incestos, robo, falsificacion, suicidio, calumnias; una mujer impura que se vende por honrada; amigos que injurian; esposa é hijo abandonados; proyecto de bigamia; abuso de confianza ó allanamiento de morada; una delacion infame, criados infieles; celos, venganzas, hipocresia; una hija que habla con sus padres, como si hablase de plumas ó flores de su amor á un hombre del que sólo se sabe que es expósito, de hijos perdidos y de madres infames que los abandonaron, cosa que creíamos no estaba muy al alcance de una señorita inocente y pura; un amigo que dice á esta misma señorita que se supone es candorosa y digna, y que á más está en su casa, que se la ha visto salir de una casa de mal aspecto exterior con el secretario de su padre, y la niña, que por lo visto estaba muy al corriente de los ardides de la ambicion y la infamia, léjos de asustarse cuando la hace una peticion de matrimonio, le dice que *perdone por Dios que no le dará su dote*; estos, contando con un hijo abandonado al nacer por su madre, y que se encuentra al lado suyo accidentalmente, vienen á ser los componentes que forman el esqueleto del drama que el Sr. Cano viste luego con el ropaje espléndido de su rica, vigorosa y florida poesia llena de imágenes y de profundos pensamientos.

Lástima grande que el talento, prestando tributo al absurdo, nos le presente adornado con las galas de la belleza, para que fascinados le admitamos. Ni la realidad es o que el realismo pretende, ni el idealismo lo que el romanticismo pretendió. Idénticos errores en escuelas diversas tendrán el mismo resultado, porque esas desgraciadas exageraciones no pueden admitirse, á ménos que el hombre no borre todo sentimiento de respeto hácia la sociedad de que forma parte y hácia la familia de que toma vida, pues admitido como posible, como verdadero, el estado social que la escuela realista nos presenta, ningun sentimiento digno ni honrado tiene cabida en nuestro corazon. Por fortuna el público, que tiene siempre el justo criterio del sentido moral y de la razon práctica, aplaude el esfuerzo del poeta que logra dar belleza á lo monstruoso, y sin conmovirse ante esas escenas de horror, protexta ta no ser esa la verdad de la vida.

El Sr. Cano tiene la costumbre de poner cuentos ó apólogos en boca de sus personajes, especie de parábolas que expresen su pensamiento, y es preciso conocer que es lindísimo el de la serpiente y la nieve que dice *Gloria* en la *Opinion pública*, y muy gracioso el del Santo y la alumbrera, si bien es impropio que un imponente de capitales y comisario además, que viene á impedir la huida del banquero, en la probable quiebra, se entretenga en contar cuentos en tales instantes.

De la ejecucion de la obra sólo diremos que fué buena, pero preferimos ver á la compañía que dirige el Sr. Albaran interpretando graciosas comedias, más propias de sus facultades, que no terribles dramas que por lo mismo que son terribles han de revestir grandeza en todo para no perder su caracter, y que exigen además un numeroso y homogéneo personal de que no siempre es dable disponer.

Es muy de agradecer, sin embargo, que la empresa, á costa de no pocos sacrificios, quiera dar á conocer al público gaditano las obras más aplaudidas, y no dudamos que serán recompensados con el éxito sus esfuerzos.

Se anuncia para el beneficio del apreciable actor Sr. Gomez, el estreno en Cádiz del magnifico drama del Sr. Sellés *El nudo gordiano*. También se nos dice que durante el nuevo abono se pondrá en escena la aplaudida comedia de Marco *El gato negro*.

La Sociedad dramática de jóvenes aficionados, celebró la anunciada funcion con el mismo lucimiento que las anteriores, habiéndoles ayudado en el desempeño de las tres obritas anunciadas las actrices Srtas. Genovés y Selma, y Sra. Carrion.

La primera fué *El vencedor de si mismo*, bonita leyenda ó episodio de nuestra reconquista, escrita por la Srta. Mercedes Velilla, y que no sabemos por qué se titula drama, pues nada dramático ocurre en aquellas breves y apacibles escenas, en las cuales un caballero cristiano que tiene prisionero á un moro, le deja irse con la mora que le ama, y de la cual él estaba enamorado, aunque solo la habia visto una vez. Todo el movimiento de la leyenda se reduce á decir la mora que era su hermano el que era su amante, á oirlo oculto el guerrero cristiano, y á *vencerse á si mismo* dejándola marcharse, cosa no difícil si se atiende á que ella no le amaba ni le conocia.

La segunda se titulaba la *Caridad cristiana*, escrita por un joven perteneciente á la Sociedad dramática, el Sr. D. Juan Chazarri; tiene algunos bonitos versos, y un vivo sentimiento religioso que la hace muy apreciable.

La tercera fué el conocido juguete *¡Sin cocinera!* que desempeñaron con graciosa soltura.

Reciban los Sres. Abarzuza, García y Chazarri nuestros plácemes por el éxito obtenido.

Nuestro apreciable colaborador D. Juan de Vicente Portela, ha tenido la desgracia de perder á su tío D. Facundo de Lizarza, cuando joven aún su vida era el apoyo de sus hijos y su esposa.

Acompañamos á nuestro querido amigo y á toda su familia en el disgusto que esta triste pérdida les ha ocasionado.

Hemos recibido la visita, que con el mayor gusto devolvemos de *El Siglo*, notable periódico político que ha comenzado á publicarse en Madrid. También nos ha visitado y lo agradecemos mucho, la *Revista de Aragon*, de Zaragoza.

El Sr. D. José María de Rivas ha tenido la bondad de remitirnos un ejemplar del interesante Folleto que ha publicado con el *Exposición sobre la cuestion del abastecimiento de aguas, presentado al Excmo. Ayuntamiento de Cádiz*. Agradecemos mucho este importante trabajo.

OBRA DE PATROCINIO DE BIEDMA.

El Héroe de Santa Engracia, poema épico.
Guirnalda de Pensamientos, poesías.
Recuerdos de un ángel, elegías.
Dramas íntimos, episodios en verso con la biografía de la autora.

NOVELAS.

Blanca. *El testamento de un filósofo*.
Cadenas del corazon. *El odio de una mujer*.
El capricho de un lord. *El secreto de un crimen*.
Sensitiva. *Las almas gemelas*.
La botella azul. *La flor del cementerio*.

EPISODIOS.

¡Dos minutos! *Una historia en el mar*.
Desde Cádiz á la Habana. *Fragmentos de un álbum*.

Habiendo pedido varios Sres. Suscritores muchas de estas obras, y estando agotadas las ediciones de ellas, se vá á proceder á hacer una nueva, que las coleccionará en tres grandes tomos. Los Sres. que quieran ser suscritores, tendrán la bondad de avisarlo así, para que figuren sus nombres en la lista que irá al final del último tomo.

Cada uno de ellos costará 10 pesetas: los Sres. Suscritores sólo abonarán por los tres 25.
No se exigirá el importe de suscripcion hasta que empiece á repartirse el primer tomo.

Dirigirse á Patrocinio de Biedma, Herrador, 8, Cádiz.

ANUNCIOS.

OBRA DE LA SEÑORA DOÑA PATROCINIO DE BIEDMA.

En Cádiz librería de Morillas, San Francisco 36; Revista Médica, plaza de San Agustín, 4 y 5: en Madrid en las principales librerías.

BIBLIOTECA DE SEÑORAS.

UNA PESETA EL TOMO EN TODA ESPAÑA.

NOVELAS DE LA SEÑORA

Doña Faustina Saez de Melgar

Van publicadas, y se hallan á la venta en la Administracion, Silva 29, 2.º Madrid y en todas las librerías: *Sendas opuestas* y la *Bendicion paterna*, un tomo, *Inés ó la Hija de la Caridad*, dos tomos.

Se hallarán en Cádiz en la librería de Morillas.

EN PRENSA.

El collar de esmeraldas.

NUEVA EDICION DE EL QUIJOTE.

La correcta y esmerada edicion de

EL QUIJOTE

que ha hecho en Cádiz D. José Rodríguez y Rodríguez, bajo la direccion del Sr. D. Ramon Leon Mainez, puede adquirirse dirigiéndose al editor, tipografía La Mercantil, Sacramento 39, Cádiz, ó á las principales librerías de España y del extranjero.

La obra consta de 5 tomos: 4 contienen el texto puro y exacto de la magnífica produccion de Cervantes, y el otro tomo, de más de 400 páginas, ofrece la más completa

VIDA

de aquel insigne escritor que se ha publicado hasta ahora, original de D. Ramon Leon Mainez, director de la *Crónica de los Cervantistas*. Los cuatro tomos que contienen el texto de *El Quijote*, llevan muchas notas y comentarios del citado escritor.

Los cinco tomos cuestan 40 rs., teniendo derecho el suscriptor á que su nombre figure en la adición á la lista que llevará el último tomo.

VAPORES CORREOS



DE A. LOPEZ Y COMPAÑIA.

Para Puerto-Rico y Habana

De Cádiz, los 10 y 30.—De Santander el 20, tocando en Coruña el día siguiente.
Más informes de los Agentes en Cádiz, A. Lopez y Compañía.

LINEA DE VAPORES ESPAÑOLES

DE OLANO, LARRINAGA Y COMP.ª



PARA MANILA.

El nuevo y magnifico vapor de 5.800 toneladas

AURRERA

saldrá de Cádiz para Manila el día 10 de Diciembre y el 15 de Barcelona.

Admite carga y pasajeros.
Para más informes, acúdase á su consignatario en Cádiz, plaza de las Cuatro Torres, núm. 5, y muelle de la Puerta del Mar,

D. MANUEL A. DE AMUSATEGUI.

CADIZ: 1878.

TIP. LA MERCANTIL
DE D. JOSE RODRIGUEZ Y RODRIGUEZ, editor
Sacramento 39 y Bulas 8.